

En nuestro país, el reto para la cultura es la democracia, y no la dictadura, como se había venido creyendo en los últimos años. Se pensó que muerto el dictador e instauradas nuevas condiciones socio-políticas favorables a la creación, se habría de producir en los tiempos inmediatamente posteriores una auténtica eclosión cultural. La realidad ha demostrado que no es así. Es más, muchas de las famas y de los talentos literarios cuidadosamente gestados y cultivados desde las "capillas" y los "santuarios" de la clandestinidad se han venido estreptosamente abajo. Se pensaba que los cajones de esos supuestos escritores —se mimaba al genio inédito como una víctima del despotismo— estaban llenos de grandes novelas, de extraordinarios dramas, de ensayos increíbles, pero ha bastado que las primeras bocanadas de aire puro corran libremente entre nosotros para que se demostrase que todo ello era un fraude. La crítica ha reconocido unánimemente la inanidad de nuestra situación cultural, y si ésta no era muy buena durante el franquismo, una mínima objetividad les ha obligado a aceptar que durante lo que llevamos de democracia esa situación es todavía peor.

La verdad es que una ojeada histórica, aunque sea muy a vuelo de pájaro, sobre nuestro pasado cultural nos impone quizá como la característica más constante de la cultura española el ser una cultura de frontera, derivada del hecho mismo de haber sido nuestro país una de las fronteras más claras y delimitadas del mundo europeo. Hemos sido frontera desde la Edad Media; lo fuimos frente a los árabes, a los cuales opusimos nuestra resistencia, defendiendo al resto de Europa de la invasión islámica; lo fuimos también en el Renacimiento, cuando —por imperativo histórico— nos convertimos en cabeza de la cristiandad, y se nos impuso la tarea de ponerle coto a la expansión turca, dándole al fin un golpe mortal en Lepanto. Y cuando nuestras fuerzas flaquearon y la decadencia se hizo evidente, en medio de un mundo que consideramos hostil, nos encerramos en nuestra concha e hicimos de todo nuestro ser una pura frontera, mediante ese fenómeno que tan gráficamente llamó Ortega la "tibetanización" de España. Hemos vivido aislados en un proceso de adentramiento e interiorización que ha ido acentuando nuestras diferencias con el mundo en torno, hasta crearnos esa conciencia de "ser diferentes" que tanto ha dado que hablar. La actitud se exasperó y llegó a delirio colectivo en la última guerra civil, cuando la "España nacionalista" consideró que estaba librando un combate contra el ateísmo y el comunismo internacional. Una vez más, una parte de España se consideró frontera de la cultura cristiana y occidental y libró su batalla en defensa de un mundo que consideraba amenazado.

Lógicamente, la cultura española no ha podido permanecer indiferente a esa reiterada situación histórica, y desde el primer momento se manifestó como una cultura de frontera, donde los valores defensivos y ofensivos de la actitud bélica priman sobre los más neutros —al menos, aparentemente más neutros— de la actividad científica o del esfuerzo reflexivo. Nuestra religión, ya en la Edad Media, fue un "cristianismo de cruzada", con Santiago Matamoros al frente, y desde entonces hemos es-

tado batiéndonos en los más diversos puestos contra toda clase de enemigos imaginarios. La "cruzada" religiosa que secularmente han estado luchando los sectores conservadores y reaccionarios del país ha tenido que ser enfrentada con el mismo ánimo polémico y batallador por nuestros más conspicuos progresistas. Nuestros ilustrados —aunque hoy todavía no lo parezca así, por falta de información histórica— son tan avanzados como los que más; nuestros liberales fueron modelo de combatividad para toda Europa que vivía en el primer tercio del siglo XIX, aplastada por el peso de la Santa Alianza; nuestros anarquistas comba-

Cultura española, cultura de frontera

JOSE LUIS ABELLAN

tian por sus ideas con una "je de carbonero", que hizo del anarquismo español un arquetipo en todo el mundo; nuestros revolucionarios de la última guerra civil llamaron la atención por sus "colectivizaciones" vividas misticamente... Y todo eso creó, en cada momento, una cultura de frontera que servía para airear los ideales en lucha y mantener los ánimos en pie, si bien todo ello ha sido sistemáticamente ocultado por la "Historia oficial" que nos han ofrecido las clases en el poder. Es necesario reconstruir lo que ha sido en España la ilustración, el liberalismo, el krausismo, el anarquismo, la revolución social..., de lo que curiosamente sabemos todavía muy poco.

La situación llegó a su paroxismo en la guerra civil de 1936-39. Es algo que está todavía por estudiar en todas sus dimensiones, pero ya tenemos la información suficiente para saber que, en aquellas tres años, y al mismo tiempo que se combatía en los frentes de batalla, los escritores, los artistas, los intelectuales forjaban desde la retaguardia una cultura de guerra; que habían hecho de su escritorio una trinchera y de su pluma una pistola, como Antonio Machado decía simbólicamente en su soneto a Lister, interpretando un sentir compartido entre los escritores republicanos.

Si mi pluma valiera tu pistola de capitán, contento moriría.

Nombres ya míticos, como los de las revistas —El Meno Azul, Hora de España, Madrid—, los grupos de trabajo escénico, como el Teatro de la Calle, Teatro para el Frente, Las Guerrillas del Teatro; los cancioneros, como Poetas de la España leal, Romancero de la guerra civil, Cancionero menor para combatientes..., son prueba de ese ánimo bélico que impregnaba todas las creaciones de la cultura. Y no era sólo en el bando republicano; la misma beligerancia observamos en las creaciones narrativas o poéticas de los llamados "nacionales": Romancero del Alcázar, Cantar del Caudillo, Poema de la bestia y el ángel, Madrid, de Corte a checa, Checas de Madrid...

La situación no cambió, desde esta óptica, durante la dictadura franquista. Es cierto que

en el mundo de la cultura se produjo un exilio masivo, pero dentro de España quedaron los suficientes intelectuales hostiles al régimen como para que al cabo de los años pudiese hablarse de un "exilio interior". En un reciente Congreso celebrado en Palermo (mayo 1979) sobre La cultura española durante y después del franquismo se estableció como una conclusión unánime, junto al reconocimiento de la deficiente situación actual, el hecho de que bajo Franco la cultura española había sido básicamente una "cultura de resistencia", es decir, una vez más una cultura de frontera. Por eso, cuando desaparece el objeto contra el cual resistir, la cultura española se diluye insensiblemente como el terrón de azúcar. De aquí la nostalgia de la oposición intelectual que hacen juego al "Con Franco vivíamos mejor" de las clases privilegiadas del franquismo, con un equivalente "Contra Franco vivíamos mejor". Se sitúan éstas en un utopismo revolucionario e imposible, que le hace —inconscientemente— el juego a la reacción más negra. O, lo que casi es peor, encauzan su agresividad —ahora sin objeto— en enzarzarse unos con otros en estériles y penosas polémicas del peor efecto para los que ven el mundo de los intelectuales desde lejos.

Un proyecto de cultura para la democracia exige cambiar radicalmente de óptica y de actitud. Por un azar histórico, la nueva situación política ha venido a establecerse tras un periodo de desarrollo económico ininterrumpido que nos ha hecho pasar la barrera del subdesarrollo. Nos encontramos, a pesar de la crisis que ha sucedido a esos años de crecimiento, y en que estamos inmersos de hoz y caza, en una inmejorable situación para construir una cultura democrática que ponga las bases de una nueva sociedad y de una hasta ahora secularmente inédita forma de convivencia entre los españoles. Pero para eso tenemos que romper el esquema de la cultura de frontera que hemos venido manteniendo a lo largo de una ininterrumpida tradición y sustituirla por una cultura para la democracia, cuyo modelo tiene que estar en la consideración de la cultura como ámbito de convivencia. En contraposición a ese belicismo que ha impregnado tradicionalmente la cultura española, los nuevos intelectuales —y ese es el reto del momento que vivimos— tenemos que empeñarnos en crear un estendimiento de la cultura como "zona de encuentro", "lugar de compromiso" o "ámbito de convivencia", potenciando los valores que a ello conduzcan: objetividad e imparcialidad en la investigación frente al subjetivismo y el individualismo; solidaridad y participación en la convivencia frente a indiferencia y pasotismo; afirmación de la libertad y la responsabilidad en el trabajo frente a la frivolidad y el hedonismo... En suma, el compromiso en obras que alienten el esfuerzo común, la participación creadora, el impulso comunitario, el trabajo en equipo, la entrega y el compromiso por un ideal. Si no lo hacemos así, no sólo nos estamos traicionando a nosotros mismos como intelectuales, sino defraudando las legítimas esperanzas de amplios sectores del país, que han depositado en la cultura su confianza como el instrumento más idóneo para el proyecto de transformación social con que España se despertó del largo sueño dogmático de la dictadura. ■